

nos extravían y no nos presentan mas que fantasmas vanas; vivid del espíritu, porque espíritu es todo.

Otro se presenta: ¿Qué quereis? me dice; unos afirman una cosa, y otros otra; cada cual tiene sus razones, y bien considerado, todo es posible y hasta probable. Es probable que no haya mas que espíritus, y es probable que no haya mas que materia; es probable que vos seais Dios, y es probable que no seais mas que un sueño; es probable que haya mal, y es probable que no lo haya; es probable que lo haya todo, y es probable que no haya nada. Todo es posible; si me creéis no vayais mas lejos, pues esta es la última lección de la sabiduría.

Dios sabe, Señores, que al exponeros estos sistemas no trato de disfrazarlos ni de ponerlos en ridículo, no; todo lo que acabais de oír está escrito, impreso, reimpresso, formando las obras maestras del espíritu humano abandonado á sí mismo, el resultado de los esfuerzos de los mas profundos pensadores por espacio de sesenta siglos. Dios los juzgará; pero al fin eran hombres á quienes hubierais honrado en su mayor parte, y cuyo gran infortunio era buscar solo en su razon la explicacion del prodigioso misterio de la vida. No, no nos riamos de la humanidad en los hombres mas eminentes que ha producido. Cuando se nos presenten á la vista esas creaciones del espíritu humano, tengamos compasion de nuestra debilidad; admiremos lo poco que podemos, y guardémonos de sonreír. Esta es una grande instruccion que Dios nos ha dado, y de la que debemos aprovecharnos, mas parar adquirir la desconfianza de nosotros mismos que para insultar á la miseria de nuestros semejantes. La enumeracion de todos esos sistemas me hubiera conducido naturalmente á otros mas recientes; pero he querido callar; no permita Dios que desde lo alto de este púlpito haga la menor alusion que pueda causar pesadumbre á un hombre vivo. He dicho bastantes cosas que deben instruiros, y no ataco á hombres á quienes la gracia de Dios puede ilustrar y hacer nuestros hermanos.

Por tristes que sean las oscuridades en que nos hallamos sumidos, no obstante, si las realidades de la vida no nos acosaran, si la vida fuera una reunion académica, si no tuviéramos que hacer mas que pensar y prestar oído á nuestros pensamientos, acaso el misterio seria soportable. Pero yo os conjuro á que me digais, ¿es la vida tan fácil y de tan poco peso, que podamos aceptar con tantos dolores la desesperacion de no explicárnoslos siquiera? ¿Qué! yo quiero conocer, y me hace traicion el conocimiento; quiero amar, y me

hace traicion el amor; quiero vivir, y me hace traicion la vida; vago entre la bendicion y la maldicion, no sabiendo si el Dios que me ha formado es un bueno ó un mal genio: veo á mis semejantes sufrir, y aun cuando yo mismo no sufriera, ¿puedo separarme de los males de la humanidad y separar mi causa de su causa? Predicador tranquilo, y recibiendo los honores de vuestra atencion, ¿no me asisten el derecho y el deber de evocar delante de vosotros la terrible realidad de la vida, para oponer á vuestra vana ciencia la ciencia demasiado cierta de nuestro infortunio? Al salir de aquí, Señores, subid á un sexto piso de esta ciudad; allí encontrareis la vida tal como es, y juzgaréis á los piés de esos lechos si podeis trasladar allí los sistemas de los sabios de este mundo. No, no es posible que no exista otro conocimiento que el conocimiento puramente humano; y puesto que vanamente he consultado á los sabios, me dirigiré á otra parte. ¿No hay aquí algun sacerdote anciano, con su frente ceñida de canas? Iré á él, y le diré: He visto á los sabios, he consultado su ciencia, vengo á oír la vuestra. Puesto que he escuchado al filósofo, bien puedo escuchar al sacerdote; el sacerdote es tambien una faz de la humanidad, es de carne y hueso, circula sangre por sus venas, es hijo de Adán como vosotros, y si por casualidad es todavía mas absurdo que el filósofo, tendrá al menos la ventaja y el mérito de una gran dificultad vencida.

Los sabios á quienes hemos consultado nos afirmaban que su sistema era el único comprensible, el único que mostraba á las claras la verdad. La doctrina católica, y esta es la primera advertencia que excita mi admiracion y mi amor, la doctrina católica no usa este lenguaje; por el contrario nos dice: Hombre, tú puedes conocerlo todo; pero no puedes comprender nada: tú puedes conocerlo todo, porque nosotros vemos las cosas; pero tú no puedes comprender nada, porque nosotros las vemos *en reflejo y en enigma* (1). Y cualquiera, dice la Escritura, que *quiera sondear la majestad de las obras divinas, será inevitablemente oprimido por la gloria* (2). Así, no creais que os traigo la comprension, no; os traigo el conocimiento y la incomprension.

¿Por qué no podeis comprender? Ante todo, porque Dios no quiere; él es el árbitro, nos ha formado, nos ha dado la parte de conocimiento que le plugo, y no quiere que nosotros le comprenda-

(1) S. Pablo, 1<sup>a</sup>. epist. á los Corintios, cap. 13, vers. 12. — (2) Proverbios, cap. 25, vers. 27.

mos, ni á él, ni sus obras. Quiere que esteis advertidos de vuestra pequeñez, que conozcais la miseria de vuestra existencia finita. Ha tendido entre él y vosotros un velo que solo rasgará la muerte, como la muerte de Cristo rasgó en el templo de Jerusalem el velo que ocultaba al Santo de los santos. Dios no quiere que comprendais, porque quiere que merezcáis; vosotros no sois solo soldados inertes á quienes se ha preparado una victoria de teatro, y que no necesitan mas que presentarse con armas brillantes en medio de una multitud que los aplaude; vosotros habeis sido colocados como soldados reales en medio de dificultades espantosas, en medio de abismos cuya vista debe haceros temblar los piés y la cabeza: tal es vuestra situacion, porque sois grandes. Yo os pregunto, ¿cuál seria vuestra grandeza si todo lo hubierais visto y conocido y penetrado? ¿Qué tendríais que hacer aquí bajo sino levantaros por la mañana, acostaros por la noche, cortar vestidos, hacer calzado y dar la guardia en el palacio de los reyes con un uniforme vistoso? Forzoso era para vuestra gloria que hubiese una lucha espiritual; convenia que merecieseis la luz combatiendo en la oscuridad. Tal ha sido el plan de Dios: el orgullo os le oculta, y la humildad os le revela; y sin duda el primer conocimiento que os debería dar la doctrina católica es el de vosotros mismos, el *conócete á ti mismo*, como se habia esculpido en el frontis de un templo antiguo.

Además no podeis comprender, porque vuestra naturaleza finita no os lo consiente; y aun cuando vierais á Dios cara á cara, todavía no le comprenderíais plenamente, porque Dios es infinito y vosotros sois finitos, y es matemáticamente absurdo que lo finito abarque lo infinito. Solo Dios tiene la comprension infinita. Indudablemente, si viéramos á Dios cara á cara, nos serian conocidos muchos misterios; pero aun quedarían oscuridades cuya naturaleza no podríamos determinar, pues es evidente que nunca lo finito comprenderá lo infinito como lo infinito se comprende á sí mismo.

Este es el primer descanso que nos causa la doctrina católica; dándonos la medida de nuestras fuerzas nos enseña á no buscar lo que no podemos obtener, é infunde una gran claridad dentro de nosotros mismos sobre nosotros mismos. Pero ¿se reduce á esto? No, sin duda. Vosotros disputais sobre las cuestiones mas fundamentales, y ni aun siquiera teneis tiempo de discutir las; tanto os estrechan las necesidades de la vida. ¿Cuál es, pues, vuestra mayor necesidad? Es la de que no haya mas cuestiones. El mayor beneficio de Dios, respecto del hombre, es seguramente el de hacer

que no haya mas cuestiones; porque cuando no haya mas cuestiones, no habrá mas oscuridad, atendido á que la cuestion es la que engendra la oscuridad. Pues bien, ¿qué ha hecho Dios? Dios ha respondido clara y manifestamente á todas vuestras cuestiones; os ha presentado de un solo golpe de vista, en una sola página, lo que todos vuestros libros no os habian enseñado. Vosotros preguntais, ¿qué es la materia? Dios os ha respondido: Es una sustancia desnuda de inteligencia y de libertad. Vosotros preguntais, ¿qué es el espíritu? Dios os ha respondido: Es una sustancia dotada de inteligencia y de libertad. Vosotros preguntais, ¿son la materia y el espíritu cosas creadas ó increadas? Dios os ha respondido: Son creadas. Vosotros preguntais, ¿forman el cuerpo y el alma un solo conjunto? Dios os ha respondido: Vosotros sois de una doble naturaleza, á la vez cuerpo y alma, unidos por una relacion de distincion en la sustancia, y de unidad en la persona. Vosotros preguntais, ¿quién nos ha hecho? Dios ha respondido: Yo. Vosotros preguntais, ¿por qué? Dios ha respondido: Porque os he amado desde la eternidad. Vosotros preguntais, ¿y por qué no mas pronto? Dios ha respondido: Porque no hay mas pronto ni mas tarde para lo que es eterno. Vosotros preguntais, ¿quién ha hecho el mal? Dios os ha respondido: Vosotros le habeis hecho, vosotros y las demás criaturas libres; vosotros sois libres, porque vosotros sois espíritus, y los espíritus son seres dotados de inteligencia y de libertad, y convenia que vosotros merecieseis vuestra ventura. Vosotros preguntais, ¿cuál es nuestro destino? Dios ha respondido: Vivir eternamente. Vosotros preguntais, ¿cuál es nuestro deber? Dios ha respondido: Servirme, observar mis mandamientos, que son, aun en la tierra, el origen de vuestra vida y felicidad.

Sentado esto, Señores, yo os pregunto, ¿no están resueltas todas las cuestiones fundamentales que os agitan? ¿Queda una sola cuestion entre Dios y vosotros? Sin duda no teneis una demostracion metafísica de su solucion, convengo en ello; pero teneis otra cosa mejor que esto, y voy á probarlo. Seguramente nada hay mejor demostrado que las matemáticas: santo Tomás establece en alguna parte que el mas alto grado de claridad que Dios ha dado á las verdades de deduccion, es la claridad matemática. Pues bien, ¿quién está iluminado por la claridad matemática? ¿Cuántos hombres hay sobre la tierra que sepan las demostraciones matemáticas, exceptuando los primeros elementos? ¿Y qué vendria á ser la humanidad, si para vivir estuviera obligada á entender, no digo el cálculo inte-

gral y diferencial, sino solo los ocho libros de geometría de Legendre? Evidentemente perecería antes de conseguirlo. ¡Y vosotros creéis que Dios hubiera salvado, convertido y gobernado el mundo enviándole en vez del Evangelio ocho libros de geometría católica!

Hay, pues, claridad en la doctrina católica, una inmensa claridad, porque responde con la autoridad soberana de Dios á todas las cuestiones, las resuelve, las define y hasta les quita su cualidad de cuestiones, atendido á que nada hay que investigar donde existe una respuesta soberana y absoluta. Ya no tenemos ni aun que raciocinar, y este es un grande beneficio, porque nosotros no estamos aquí para raciocinar sino para obrar, para edificar en el tiempo una obra eterna.

Diréis acaso: Este conocimiento de la verdad por soluciones ya hechas no es mas que un conocimiento nominal, que en último resultado nos revela proposiciones; y esto es todo sin duda. Señores, la doctrina católica no os da la comprensión; pero os da un conocimiento real de los seres y de sus relaciones en la palabra de Dios, porque la palabra de Dios es un espejo inteligible. Cuando Dios nos dice, por ejemplo, que él ha creado el mundo, ciertamente yo no me represento el acto creador, no me represento cómo hizo que existiera por un simple acto de voluntad; pero entiendo perfectamente lo que Dios quiere decir; veo muy bien que Dios para hacer el mundo no se sirvió, como lo hacemos nosotros, de una materia preexistente; yo no comprendo su acto, pero entiendo lo que es. Este conocimiento, aunque incompleto, es un conocimiento efectivo, que me revela en pocas palabras todo lo que me importa saber, sin que tenga necesidad de estudiarlo. La verdad está grabada en un indeleble bronce, donde todo el mundo puede leer su origen, sus deberes, sus derechos, sus intereses, sus destinos. El pobre al pasar con su carga delante de un Crucifijo, ve por qué van cargados sus hombros; el niño aprende sin trabajo la mas profunda metafísica al deletrear el alfabeto, crece recitando los mandamientos de la ley de Dios y de la Iglesia, el símbolo de los Apóstoles y el Padre nuestro *que está en los cielos*; y lo sabe todo antes de haber sospechado qué cosa es saber; lo sabe todo sin discusión, sin geometría y hasta sin la oscuridad inevitable de toda demostración; lo sabe todo por la palabra inteligible de Dios aceptada con sencillez. Vendrá un tiempo en que esa luz se cambiará en otra luz, en otra naturaleza de visión; pero aun entonces nada aprenderemos de nuevo sobre la materia, sobre el espíritu, Dios, el hombre, la creación y nuestro destino

final. Nosotros veremos de otra manera lo que ya vemos; veremos en la esencia divina lo que habíamos visto en su palabra.

En cuanto á la profundidad del conocimiento católico y su extensión, no son mas que consecuencias sobre las que voy á pasar rápidamente. Con efecto, por la doctrina católica nos remontamos á la causa primera de nuestro ser: ella nos dice cuáles son las relaciones que nos unen á Dios, y lo que constituye el misterio fundamental de la vida; nos revela la causa de las causas, la ley de las leyes, la sustancia de las sustancias, la razón final y suprema de todos los fenómenos. Desde que nos ha dicho estas palabras: Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo, hay una Trinidad de personas y unidad de sustancia; todo fenómeno, toda causa, toda ley, toda sustancia ha sido manifestada en su origen.

Bajo el aspecto de la extensión, nos abre la doctrina católica sobre el universo un horizonte que lo abarca hasta sus límites postreros. Ella nos enseña que los seres forman una escala graduada desde el átomo hasta Dios; que existen jerarquías invisibles de espíritus ligadas entre sí y con nosotros por relaciones profundas, de donde resulta la unidad del mundo, un solo y sublime movimiento, que hace que las cosas que parten de Dios, se encaminen á Dios en una órbita misteriosa, de la cual el hombre, espíritu y materia, ocupa el punto central.

Y de este modo llegamos por la doctrina católica á una triple paz, paz de la claridad, paz de la profundidad, paz de la extensión en el conocimiento. Entre nosotros y vosotros, Señores, hay la diferencia que existe entre las turbaciones y la paz. Vosotros buscáis, y para nosotros esa cuestión no existe; dudáis, y para nosotros ni aun siquiera hay movimiento, sino mirada fija; vosotros edificáis y destruis alternativamente, para nosotros todo acto edifica; hasta el tiempo se escapa á vuestra acción vacilante, á nosotros la eternidad nos sigue y nunca nos abandona. Eso consiste en que la doctrina católica subsiste, mas ó menos desarrollada, desde el principio del mundo, aunque siempre combatida; y el mundo se sostiene sobre su base, porque la doctrina católica ha sido resucitada en Jesucristo, en los misterios de su vida y de su muerte. Ella mantiene en algunas palabras el conocimiento de las causas, de las leyes, de las sustancias, de todas las verdaderas relaciones de los seres, que el esfuerzo humano propende á desconocer y á trastornar de continuo. Ved, pues, Señores, comparando estas dos situaciones, qué partido queréis tomar una vez en vuestra vida. Por una parte existen sistemas sin

consistencia, que se chocan y se destruyen, cuya enunciación aun no habéis podido oír sin irónica sorpresa; por la otra parte existe la doctrina católica, doctrina sencilla, natural, en que todo está definido y todo sentado sobre sólida base. Entrad en el seno de la Iglesia; pasad desde el campo de las turbaciones al campo de la paz; desde el campo de la oscuridad al campo de la luz; desde el campo de la estrechez al campo de la extensión, de la anchura y de la profundidad, á fin de que al encontraros un día en lugares mas íntimos que estos, pueda deciros lo que S. Pablo decia á los primeros cristianos: *En otro tiempo fuisteis tinieblas, ahora sois luz en el Señor* (1).

(1) Epíst. á los Efesios, cap. 5, vers. 8.

## SERMON VIGÉSIMO.

### De la razon católica y de la razon humana en sus relaciones.

Pasamos, el domingo último, de la cuestion de la certidumbre católica á la cuestion del conocimiento católico; y comparando en conjunto el conocimiento humano con el conocimiento católico, demostramos que el conocimiento humano carecia de extensión, de profundidad y de claridad: de extensión, porque no ve mas que un corto número de seres; de profundidad, porque no penetra mas que en la superficie de las causas, de las leyes y de las sustancias de donde se derivan los fenómenos; de claridad, porque al lado mismo de las cosas que conoce, se halla siempre asentado entre abismos que no puede sondear; mientras que el conocimiento católico es claro, porque Dios ha decidido todas las cuestiones que embarazan al espíritu humano, y las ha decidido por su palabra soberana é infalible; es extenso, porque Dios nos ha abierto el mundo de parte á parte, nos ha mostrado el polo oriental y el polo occidental, y medido el diámetro; es profundo, porque nos ha hecho conocer las causas primeras, las leyes primeras, la sustancia primera.

Y ahora, es evidente que existen en la humanidad dos razones: la razon humana, y la razon católica. Siendo la razon un conjunto de verdades que ilustran el entendimiento, se identifican con el hombre y llegan á ser el principio de sus actos, existe un conjunto de verdades humanas y un conjunto de verdades católicas, y ambos se identifican con el hombre, ilustran y perfeccionan su entendimiento, y son el principio de sus actos; por consiguiente existe una razon humana y una razon católica, un doble foco de actividad y de vida, tan diferente uno de otro, que un acto cuerdo bajo el punto de vista de la razon católica, puede ser insensato bajo el punto de vista de la razon humana, y vice versa. De aquí surgen muchas cuestiones, que se reducen á una sola: ¿Qué relacion existe entre la razon humana, y la razon católica? ¿Qué son estos dos faros encendidos en